

Gritos de rebeldía. Movimientos sociales (globales) en el siglo XXI¹.

ÁNGEL CALLE COLLADO

Universidad de Córdoba, Comunaria.net

Los movimientos sociales canalizan descontentos y producen participación frente a dinámicas de poder ejercidas “desde arriba”. Hacen y gritan en las calles, se coordinan, deslegitiman las élites y proponen otras formas de poder “desde abajo”. Innovan y renuevan la política: desarrollan estructuras que permiten a comunidades o grupos sociales expresarse (creando formas de organización, conocimiento, redes de información), introducen discursos (ideas, mensajes) y visibilizan conflictos (demandas, motivaciones) desde valores que no son reconocidos de forma práctica en el actual orden social. Son, desde esta perspectiva, *creadores de gramáticas sociales de democracia*². Lenguajes no teóricos, ni institucionales, ni acomodados a las actuales reglas de juego, como harían los grupos de presión. Por el contrario se encuentran arraigados y construidos en *lo político*, en lo más sentido y cercano, donde se organiza cotidianamente la vida social. Allí, o mejor dicho desde allí, los movimientos sociales proceden a descolonizar saberes y relaciones que han sido dominadas, mercantilizadas o apartadas de estrategias de supervivencia y bienestar³.

Los movimientos sociales son, fundamentalmente, constructores de otras referencias vitales en nuestro hacer y en nuestro pensar, a la vez que desafiantes de las actuales estructuras y oportunidades políticas. Y, como veremos, su reconfiguración de los territorios, conquistando espacios sociales o redefiniendo manejos de producción y de metabolismo socioambiental, no nos permite verlos sólo como creadores de instituciones o de valores, si no de “lugares” donde

-
- 1 Publicado en *Activismo digital y nuevos modos de ciudadanía: Una mirada global*. Coord: José Candón Mena y Lucía Benítez, editado por el Institut de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2016.
 - 2 Ver referencias para esta confluencia entre movimientos sociales y procesos de democratización social en los textos de: Donatella della Porta y Mario Diani, *Los Movimientos Sociales*, CIS/UCM, Madrid, 2011; Ibarra, Gomà y Martí (coord. de *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Icaria, 2002); Traugott (comp. *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, 2004); Ángel Calle (*Nuevos Movimientos Globales. Hacia la radicalidad democrática*, Editorial Popular, 2005).
 - 3 Los movimientos sociales no pueden ser encerrados (o vistos) como navíos encerrados en y hacia direcciones políticas definidas: su objetivo y su huella social no es (necesariamente) la institucionalización (Calle 2007), si no la reconstrucción de otras aguas en las que navegar, siguiendo la metáfora de Heller (1988). Re-hacen el campo de la política alterando el campo de lo político, por aproximarse a las concepciones de Bourdieu, produciendo otros *habitus*, otros esquemas de acción y de percepción de nuestras prácticas. Ello termina alterando las reglas sociales del juego, en lo cultural, económico y político, a lo que añadiríamos lo ambiental, creando nuevos *habitus* para otras personas o grupos también partícipes del descontento. Para Tapia (2009), lo político es “tiempo de constitución, de articulación de la forma de lo social”; y allí tiene lugar la “política salvaje”, es decir, “el momento de dignificación de los sujetos que experimentan en carne propia y a partir de su lucha específica, el participar de demandas que tienen que ver con lo humano” (Tapia, 2009: 112).

acontecen determinadas formas o prácticas de democracia, de protagonismo social⁴.

No es una democracia estrictamente entendida según debates previos, academicistas o politológicos. Es una apuesta por declarar que (de nuevo) es tiempo de reinventar el protagonismo social. Y éste toma diversas formas. Al menos, identifico tres como referencia de este emergente protagonismo social en pueblos, barriadas, calles o en nuestras economías. Como ocurre hoy, se reivindican en la política expresiones de *democracias comunitarias* alrededor de tradiciones vividas y asentadas en fuertes lazos sociales (Tapia 2009, Esteva 2006). Para el caso boliviano, por ejemplo, estas formas de autogobierno estarían en un proceso de disputa “por arriba” de paraguas institucionales (Estado, constituciones, parlamentos, autoridades, políticas de desarrollo) y estarían caracterizadas en su base por la predominancia de la asamblea sobre las autoridades (locales), la rotación y la obligatoriedad en funciones de autoridad y la rendición de cuentas y el control social en espacios cotidianos y asamblearios (Zegada y otros, 2011).

También, desde una crítica de la modernidad percibida como autoritaria y desperdiciadora de experiencias “desde abajo” (Sousa Santos 2003, 2011), los movimientos sociales intensifican las democracias y animan a la construcción de Estados “movimentistas”, en expresión del propio Santos, y que serían formas de *democracia participativa* que pretenden abrir las actuales instituciones. En dicha línea se situarían las demandas de democratización del Estado, particularmente frente un capitalismo que gobierna autoritariamente el sistema formal de democracia representativa, especialmente en países de la periferia económica mundial, y buscando como alternativa “popular” instaurar o defender derechos e igualdades, tanto sociales como económicas (Borón 2003).

Finalmente, desde mi aproximación a los recientes ciclos de protesta y de rebeldía en países centrales, latinoamérica o la propia Turquía, tratan de instituir formas de *democracia radical* (Calle 2013). Tres ideas centrales persiguen y animan esta idea de radicalizar la democracia. La primera que la democracia no existe sólo donde las élites sitúan la esfera de la política, principalmente parlamentos y representaciones sindicales, amén de otros espacios que definen agendas gubernamentales. La democracia acontece (o se pierde) en lo político, en lo vivencial, fluido y

4 Mi perspectiva de análisis se inclina más hacia las escuelas constructivistas de entender la movilización social, donde las oportunidades políticas juegan un papel, pero no es el determinante para determinar, a su vez, la huella social de los procesos de movilización (Calle 2007, 2011). Aquí incorporo y exploro también la visión de movimientos como *productores de lugares*, territorios donde se territorializa y entremezcla la naturaleza de diversos conflictos: materiales (¿cómo sobrevivir? ¿qué bienestar queremos?), expresiva (¿cómo decidimos? ¿qué equidad demandamos?), de pugna por campos simbólicos (¿qué entendemos por “desarrollo” o por convivir socialmente?) y de relaciones con la naturaleza (metabolismos).

próximo, en lo marcado por nuestra cotidianidad. De ella emerge la política, los campos visibilizados y públicos de nuestras relaciones económicas, culturales y de género. En dicha política se fomenta (o no) la decisión y la implicación social a través de dispositivos de deliberación, participación directa, creación de confianzas y lazos sociales o formas de expresión que permiten cuestionar las propias “democracias” autoritarias o de las élites. Una sociedad es democrática si la sociedad en sus múltiples espacios cultiva la deliberación, la solidaridad y el protagonismo social (Pateman 1970, Barber 2004). La democracia sucede (o se desvanece) en las fábricas, en las fincas y en las oficinas, en los medios de comunicación, en la cultura que cultiva la deliberación entre otredades, en las organizaciones que animan o desaniman la vida social. La segunda idea se inclina hacia la necesidad de promover constantemente prácticas de auto-gobierno como expresión de democracia, *gobierno de los muchos* que se enfrenta al gobierno de unos pocos⁵. Y la tercera incide en el *para qué* de la democracia, es decir, debe promover un bienestar, una inclusión, una equidad, una sustentabilidad social (y ambiental, necesariamente)⁶.

La democracia, en los tres casos, no sería percibida como una regla cerrada si no como principio que estimula la justicia y la creación de instituciones sociales que van de abajo hacia arriba, siendo éste abajo (respectivamente) lo comunitario, lo ciudadano que legitima constantemente una representación o la deliberación y la autogestión directa sobre nuestras necesidades. Frente a la instauración de formas de democracia autoritaria, la radicalización del protagonismo social emparenta ambas propuestas y sirve, a su vez, de nexo de las actuales dinámicas de movilización social, sean demandas de territorio, de dignidad o de participación política, como mostraré posteriormente.

Democracia radical y participativa se enfrentan, no obstante, cuando la primera queda confinada en la democracia directa, limitándose a procesos de organización en asamblea directa y no considerando procesos de deliberación, de institucionalidad social y de trabajo sobre problemas en comunidades más amplias que implicarían un ir “hacia arriba” para organizarse socialmente, manteniendo el retorno del poder. También se distancia de posibles nexos la reducción de la democracia participativa al “arriba” que se abre al “abajo”. Desde matrices gramscianas en muchos casos, se aboga por una nueva hegemonía “por arriba” que, si bien considera el empuje social “por

5 Siguiendo a Cornelius Castoriadis en su clásico *La democracia como procedimiento y como régimen*, pero apoyándome en ideas de una democracia con un *para qué*, en este caso la producción de muchos mundos sobre la base de prácticas sustentables de sociedades “desde abajo”, apuntando al *gobierno de los muchos* (ver Calle 2013 para una introducción a este concepto).

6 Conectando entonces nociones de desarrollo a escala humana, descolonización de saberes y desarrollo de gestión democrática de los comunes vitales y sociales (en *Democracia en la Tierra*, por Vandana Shiva).

abajo” como necesario, establece que son las articulaciones o las equivalencias entre luchas la única forma de cuestionar las agendas de las élites (ver Laclau y Mouffe 1987). Con todo, ambas perspectivas se distancian de la tendencia más establecida en la arena politológica de problematizar la democracia representativa como mero ejercicio de elección de candidatos o marcas electorales. La democracia sucede en muchos lugares y, últimamente, acontece cada vez menos en los parlamentos, dada la presión externa de mercados, finanzas, medios e instituciones económicas internacionales.

Por consiguiente, bajo el actual ciclo de movilizaciones se invita a repensar radicalmente nuestras gramáticas de democracia, en diferentes ámbitos, y no sólo *la gramática de la democracia*. Dicho ciclo sirve como paraguas articulador de demandas concretas, entre ellas el derecho al autogobierno. No es cuestión de adjetivos, nos indican. Es cuestión de entender que *la democracia es verbo y que se conjuga para satisfacer nuestras necesidades básicas desde apuestas de autogobierno para decidir lo que nos afecta*.⁷ La democracia se pone en marcha desde diversidad de culturas y según necesidades que van siendo identificadas, que van haciendo tomar asiento a lo que puede considerarse como un legítimo e interesado protagonismo social, dispuesto a satisfacer necesidades humanas. Puede que en un momento ilusione una concepción de la democracia. Pero caerá en la medida en que emerjan nuevos reclamos de participación, nuevas formas de protagonismo social, entendidas como eso: esferas y relaciones sociales que nos hacen protagonistas de la sociedad, de los lazos que nos dan la vida y nos condicionan a su vez.

El reciente auge y la conexión global de formas de movilización social tiene su explicación en la propuesta de nuevas gramáticas de protagonismo social que, de una u otra manera, están ligadas a una demanda general de radicalización de la democracia (Smith 2008, DellaPorta 2009, Calle 2005y 2013). Están ligadas, pero no supeditadas. Entre otras cosas porque el protagonismo social, como analizaré más adelante, puede tomar distintas expresiones: algunas más comunitaristas y entendibles desde una óptica que entreteje fuertemente territorios y política, propias de movimientos indígenas o campesinos; otras más clásicas e inclinadas a una reforma radical de las instituciones liberales para alcanzar un bienestar, incluso un “bienvivir”, desde expresiones de democracia participativa; y, finalmente, algunas más en consonancia con “jóvenes iracundos”, al

7 Implícitamente están aquí presentes tres concepciones intersecadas de la democracia: democracia como *autogobierno* (Castoriadis); democratizar para situar la vida y las *economías solidarias (sociales, cuidados)* en el centro de nuestras prácticas (feminismos, ver Orozco); y democratización como ejercicio de *descolonización* que alienta el protagonismo social para rescatar saberes alternos y prácticas ligadas a sostener la vida en territorios concretos (ver Escobar 2000)

decir del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro⁸, que se buscan en los nuevos movimientos globales a través del desafío de la agenda neoliberal, las luchas en el terreno laboral, el cuestionamiento de la productividad insustentable y la impugnación del patriarcado, principalmente.

También subrayaré que las variables de oportunidad política y las matrices culturales son el terreno definitivo en el que la protesta toma su forma particular. Así, el 15M como espacio político surgido de las acampadas iniciadas en la madrileña Puerta del Sol (mayo de 2011) no puede entenderse sin su contexto político. Entre las ventanas de “oportunidad política” destacan las elecciones municipales que iban a celebrarse una semana después; así como el reguero de campañas que lo antecedieron (como *malestar.org*, V de Vivienda o movilizaciones frente al control de internet, la llamada Ley Sinde), incluida la plataforma Democracia Real Ya que convocó las manifestaciones el 15 de mayo de 2011, las cuales explosionarían en los días siguientes en acampadas autónomas por todo el país. Pero tampoco sin su contexto cultural, lo que hace que sea difícilmente practicable o exportable tal cual a países del entorno europeo, incluso si son mediterráneos, como Francia o Italia, menos aún Alemania. Las tradiciones localistas del Estado español, como son el anarquismo y sus actualizaciones libertarias, los nacionalismos periféricos (opuestos al nacionalismo español) y el hacer local propio de una península atravesada por una diversidad cultural muy significativa, que llega a otorgar lenguas y tradiciones diferenciadas a cada una de sus comarcas o barrios de grandes ciudades, son el caldo de cultivo de insurrecciones de carácter asambleario, por lo general renuentes a subirse a procesos de organización que impliquen una centralización. Los sucesos revolucionarios desarrollados por movimientos o juntas locales frente a la ocupación napoleónica de la península ibérica llamaron ya la atención de Marx y Engels (1990: 31) por su énfasis en el hacer local y su escasa coordinación. Acuden estos autores a una cita de un noble español para destacar que “en España no hay nada que se parezca a lo que en Europa se llama dirección social”, lo que explicaría las “dificultades para la creación de un centro revolucionario”. Algo que, guardando una gran analogía con la gran capacidad puntual de movilización de las redes “antiglobalización”, a juicio de Marx y Engels (1990: 29) ofrecía también sus ventajas: “los franceses se desconcertaron por completo al descubrir que el centro de la resistencia española estaba en todas partes y en ninguna”⁹.

Francia o Italia, como digo, se encuentran permeadas por otras lógicas más institucionales y de conquista del Estado a través de organizaciones o revoluciones políticas, fruto de su propia historia, del triunfo de revoluciones burguesas y de resistencias frente a otros pueblos, respectivamente. Y a

8 Expresión acuñada por el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro para los “antisistema” de los años 70 en su libro *Los dilemas de América Latina*.

9 En Marx, Karl y Engels, Friedrich (1990): *España Revolucionaria*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera

escala global, hace que aun manteniendo rasgos comunes y hermanamientos mediáticos y de repertorios de acción (convocatorias sin organizaciones visibles, toma de calles, ágoras en plazas), las protestas que dan vida a los *nuevos movimientos globales* también se encuentren mediatizadas por el contexto cultural y político. El proceder del 15M está muy alejado, así mismo, de la constante propensión brasileña a la articulación en forma de procesos muy amplios y diversos que tratan de salvaguardar la autonomía y la horizontalidad a base de propuestas pedagógicas (bien ilustradas por Paulo Freire) que permitan construir procesos de movilización tan amplios, y a la vez enraizados en distintos contextos, como son las luchas protagonizadas por los sintierra o en la actualidad el Movimiento Passe Livre.

Los nuevos movimientos globales

Sin embargo, sí podemos rastrear algunos elementos que nos permiten pensar conjuntamente, sin caer en la tentación de suponerlos con una identidad o una praxis homogeneizadas, una multitud importante de procesos de movilización del siglo XXI. Es por ello que me permito hablar de la emergencia de un nuevo ciclo de movilizaciones, los *nuevos movimientos globales*, cuya *globalidad* residiría en:

- i) su pensar planetario: ambientalmente, en términos de repertorios y redes de protesta;
- ii) en su conexión de demandas: necesidades básicas que se enredan fácilmente;
- iii) y en su pretensión de transformación global utilizando el argumento y la práctica de la radicalización de la democracia.

Los años que van del 2011 al 2014 confirmaron el aldabonazo popular y mediático de protestas globales tanto en los países del centro como en los llamados periféricos. Más adelante habrá tiempo de visitar las raíces de rebeldía de estos “jóvenes iracundos, los cuales, ahora como en los años 70, no sólo se dirigen a cambiar el orden social, si no también la propia cultura política de contestación que representa la izquierda clásica. Brasil continúa siendo un buen ejemplo de este ciclo de movilizaciones que, al igual que antes, se conecta con lo “nuevo” (las protestas internacionales), pero también con lo “viejo” (las revueltas populares frente al neoliberalismo que anunciara el “caracazo” de 1989 en Venezuela). Brasil es un país que a comienzos de este siglo, ascendía al trono de las potencias internacionales en el campo económico, a la par que los gobernantes del PT se apresuraban a exhibir sus galardones competitivos envueltos en olimpiada y copa mundial de fútbol. Pero estos “éxitos” eran contestados por quienes no veían el maná caer en las ciudades si no, por el

contrario, la subida de tarifas de transporte o la menor atención prestada a asuntos como la educación o la salud. El “patrón FIFA” de grandes inversiones para acoger el mundial de fútbol se exigía en las calles para la calidad de vida y los servicios que pretendería gozar el pueblo brasileño.

De igual modo, el bipartidismo en torno a la agenda neoliberal como fórmula de gobierno recibía una fuerte sacudida en las calles, de la mano de los “jóvenes iracundos” del 15M en el Estado español, a partir de 2011. Fenómeno similar al protagonizado por las asambleas ciudadanas en Islandia, surgidas a partir de las protestas de 2008 tras el estallido de la burbuja financiera, aunque en 2013 llegaron de nuevo al poder los “viejos partidos” y quedaron como más pasajeros las experiencias de partidos-ciudadanía, de fuerte crítica a las organizaciones establecidos, como el Mejor Partido. En México, donde la contienda parecía reducirse a un enfrentamiento entre élites políticas y rebeldes de distinto color territorial (Chiapas, Oaxaca, Atenco, entre otros), surgía como crítica al proceso electoral en curso y al candidato del PRI, Peña Nieto, un movimiento social entre jóvenes universitarios dispuestos a reproducirse desde los campus universitarios bajo el código #YoSoy132. Tomaba forma aquí, entre jóvenes desencantados, bien formados educativamente y con un manejo resuelto de las nuevas tecnologías informáticas, el “lo llaman democracia y no lo es” característico de las plazas españolas. Sería otra plaza, esta vez en Turquía, en Gezi, la que atraería a multitud de rebeldes ante la constatación de la voracidad de las élites por sustituir espacios públicos por escenarios de negocio: afectados por la especulación urbanística, mujeres en pie de lucha por sus derechos, jóvenes universitarios buscando libertades, grupos contrarios al gobierno central turco (kurdos, socialdemócratas, sindicalistas opuestos a la agenda neoliberal, entre otros), etc.

Asistimos a movilizaciones que responden, en gran parte, a expresiones culturales “de ida y vuelta”, dinámica característica de procesos contemporáneos de protesta (Tarrow y otros 2004). En la atracción de descontentos en torno a Gezi, dispuestos a aunar esfuerzos de rechazo al bloque neoliberal-conservador en el poder, resuenan los ecos de las latitudes chiapanecas, con su lema “los rebeldes se buscan”. ¿Cuáles serían las claves de esas idas y venidas, de estas influencias mutuas que parecen resonar globalmente? Como desgranaré más tarde, algunas son obvias, como la galaxia internet que sustituye a la verticalidad de la televisión, la radio o la imprenta. O una élite neoliberal que necesita gobiernos y agendas políticas que asuman la necesidad de vaciar la democracia (si es que se dió en aquel territorio en su forma institucional) y que han decidido proceder con más ahínco a depredar territorios y derechos sociales (dependiendo de los niveles conquistados por el país,

derivados en gran parte de su situación como centro o periferia económica de otros países). Pero otros factores, que se irán exponiendo a lo largo del texto, tienen que ver más con una remodelación de las viejas lógicas de funcionamiento de la llamada izquierda o de los movimientos considerados “emancipatorios” en el pasado siglo, hablemos de movilizaciones indígenas, redes feministas o de la izquierda institucional con orientación a la conquista de las urnas. En general, la idea de diversidad, inherente a un protagonismo social, aparece contenida en las nuevas formas de movilización y también en sus demandas, más abiertas a incorporar la idea de proceso en espiral (circular, plural y aglutinante) como horizonte en el que ir resolviendo contradicciones o dicotomías (reforma/revolución, política/economía, transformación hacia fuera o desde el mismo proceso insurreccional, etc.) y que, nuevamente, los y las zapatistas tan bien lo ilustraran simbólicamente en sus proclamas: “detrás de nosotros estamos ustedes”, “caminamos preguntando”, hacia “un mundo en el que quepan muchos mundos”. Aparecen aquí, implícitamente, ecos de otros postulados o reflexiones teorizadas sobre política y cambio social como: la creciente necesidad de practicar democracias de alta intensidad (Sousa Santos), de de-colonizar idearios capitalistas, ilustrados y de representación estatal propios de la izquierda más clásica (Escobar) o de conectar nuestras economías con la vida (Shiva, Mellor). Como segunda gran aproximación, entiendo que *los movimientos sociales, desde su hacer comolaboratorios políticos, son esferas de reflexión y puesta en práctica de dialécticas y debates en torno a derechos, territorios y gramáticas de democracia*, como profundizaré más adelante¹⁰.

Una “globalización” conflictiva

Existen, por otro lado, procesos sociales y tecnológicos que facilitan la intersección global de los repertorios de protesta. Son “porqués” compartidos, fruto de una mundialización que se refugia en expresiones benignas y utópicas (“globalización”), pero que aporta razones e instrumentos que facilitan la confluencia de movilizaciones. Destaco tres elementos comunes en esa conflictividad mundial-global:

- El ascenso de formas autoritarias de gobierno, sean Estados, instituciones internacionales o grupos multinacionales para los que “no hay alternativa”, que dijera Thatcher, a la agenda neoliberal marcada además por un fuerte extractivismo y sacrificio de la biodiversidad tanto en el llamado Sur (minería, energía fósil, agrocombustibles, patentes sobre semillas, etc.) como en el Norte (minería, fracking, patentes). Este autoritarismo refuerza opciones de

10 Ver Smith (2009), Calle (2005) y Porto Gonçalves (2002).

control y represión sobre emergencias o innovaciones sociales. A la par que supedita las formas de producción y de relaciones laborales a los intereses de corporaciones transnacionales, y en último caso, supeditando las economías reales a las economías financieras. En ese contexto, el Estado, allá donde desempeñara una labor de igualdad social desde derechos o servicios, deja de ser una ventanilla a la que pueden acudir la ciudadanía o grupos afectados o marginados. Se posiciona abiertamente a favor del mundo financiero y de acumulación material de una élite global. Además, la tecnología sirve para, con excepciones en el tema de la comunicación e información, desarrollar “sistemas expertos” que se imponen a los individuos, que ven mediadas sus relaciones por un saber o un instrumental del que desconocen su funcionamiento, que les quita autonomía para decidir sobre ellas y les imposibilita para construir lazos sociales “por abajo”. El consumismo (vía publicidad y educación “práctica” en los centros comerciales), la complejización financiera de la economía (que se separa de la economía real, sentida por las personas y de relaciones con el medioambiente) o las sofisticadas herramientas informática son aplicaciones de esta colonización por arriba de la vida humana en este planeta.

- Las lagunas de este control y la percepción de conflictos compartidos son elementos aprovechados por las redes de protesta y las redes de construcción de un saber crítico para intercambiar acelerada y localizadamente muchas formas de resistencia. Algunos ejemplos: las llamadas cumbres “antiglobalización”, la creación de observatorios sobre cuestiones sociales (desde la llamada sociedad civil), las convocatorias a manifestaciones en las redes de diálogo en internet, la difusión de herramientas o repertorios de protesta de marcado acento en el protagonismo social (ágoras virtuales, plazas como lugar de convergencias, consultas sobre minería o sobre endeudamientos), la desobediencia civil para la recuperación de espacios de encuentro (*reclaim the streets* o *reclama las calles* desde los años 90, ocupaciones o intentos de rodear espacios de reunión de las élites). Los rebeldes se buscan gracias a la “oportunidad” que ofrece la llamada globalización para compartir agendas de contestación y responsables a los que acusar del descontento, así como a las formas de cooperación que surgen ante el vacío que crean las instituciones representativas (neo)liberales.
- Finalmente, la combinación de la galaxia internet con la emergencia de formas de contestación ancladas en una radicalización de la democracia permite construir paraguas

comunes. Por ejemplo, frente a la imposición del neoliberalismo surge el grito “lo llaman democracia y no lo es” a finales de los 90, que retomaría con fuerza el 15M español, y que se hermana con el “caminamos preguntando” zapatista y con las prácticas de celebración de consultas frente a la imposición de políticas extractivistas o de privatización de recursos como el agua en América Latina. Las nuevas tecnologías han acelerado esos viajes de ida y vuelta, en lo que a herramientas se refiere. Y, a pesar del creciente control del mundo comunicativo por pautas de mercantilización o de espionaje, las democracias virtuales 2.0 (prácticas de deliberación haciendo uso de las nuevas tecnologías) son expresión de esa formación de experiencias más liberales o libertarias o de creación de comunidades on-line que facilitan y dan legitimidad a todo lo que huele de democratización radical (ver Subirats 2009, Candon 2013). Así, el repertorio de contestación y los procesos sociales que se ofrecen como respuesta llevan a la interpretación de estas luchas como formas de recuperación de soberanía: energética, territorial, comunitaria, alimentaria, de internet... y por supuesto, en la política desde el ejercicio de formas de democracia fuertes (Barber 2005) caracterizadas por la información, la deliberación y la vinculación desde sociedades inclusivas.

Tres gritos que recorren globalmente las movilizaciones

Desde estas mimbres, las calles y los caminos se están llenando de demandas y protestas compartidas. Son nuevas visibilizaciones de, en algunos casos, viejos descontentos. Ahora la diversidad, el protagonismo social y la radicalización de la democracia ayudan a difundir estos gritos así como repertorios de acción y organización social. Las tres verbalizaciones a las que me refiero son: *queremos decidir*, *queremos dignidad*, *queremos territorios habitables*. Cada una enuncia, como expondré brevemente, una forma de entender la democracia. Entendimiento ligado al creciente auge de democracias autoritarias, también siguiendo pautas que atienden a su contexto, al papel que las élites y la historia ejercen como sombras que ayudan a tejer poderes y contra-poderes. La Unión Europea es hoy claro ejemplo de formas de dominación en ascenso¹¹. Una nueva institucionalidad económica se levanta para asegurar que la agenda neoliberal sea la política real de los Estados: control sancionable de déficits, fiscalización de presupuestos, seguimiento obligatorio de planes de privatización y desposesión de derechos sociales, desregulación de las relaciones laborales para construir un mercado “humano”, etc. Mientras, América Latina se debate entre

11 Ver para la Unión Europea el texto de Álvarez y otros (2013); para un análisis de la crisis global, desde un punto de vista civilizatorio consultar Fernández-Durán (2011).

neoliberalismos más populares y formas de abrir la democracia a otros sujetos, a otras dinámicas de protagonismo social, sean los ejemplos de autogobierno comunitario en Venezuela, el plurinacionalismo formulado en Bolivia (con sus más y sus menos para una reinención de los estados monoculturales) o las innovaciones en materia de protagonismo social que se dan en ámbitos muy concretos en Colombia (territorios indígenas), Brasil (agroecología), Cuba (cooperativismo económico) o Argentina (medios de comunicación)¹².

Estos tres gritos son autónomos, pero se refuerzan entre sí. Los podremos situar nítidamente como provenientes de determinadas culturas políticas, algunas muy recientes. Tal es el caso de los nuevos movimientos globales y la radicalización de la democracia, el *queremos decidir*. Sus ejemplos más recientes son las matrices juveniles de los ciclos de protesta despertados en Europa, Brasil o Turquía, junto con espacios que gritan Ya Basta! En Senegal *Y en Marrre*, o bajo la fórmula de #YoSoy132 en México. No hay programa que se ofrezca como alternativa cerrada, o no es un programa específico, aunque sí hay un detonante de la protesta bien concreto, un descontento que galvaniza al resto de descontentos hacia las calles. Se repiten las prácticas asamblearias desde sujetos que no se ven representados en organizaciones formales. Hay aires libertarios en el caso de Europa detrás de estas movilizaciones. Perspectivas más comunitarias en América Latina, donde también el *queremos dignidad* es un elemento importante como rechazo de la agenda neoliberal, práctica bien asentada en los últimos años. Diría que la democracia radical es expresión organizativa a la vez que reclamación aglutinante de estas protestas. Hablamos aquí de sujetos más difusos, sujetos que se empeñan en que otros sujetos se movilicen bajo paraguas autónomos. Es decir, se trata más de *espacios de movilización*, productores de bienes y herramientas para la protesta (discursos, organizaciones, formas de hacer). Son conjuntos de acción (Villasante 2006) antes que movimientos “clásicos” buscando aglutinar en su interior todo el descontento y proponer una identidad cerrada bajo una organización visiblemente muy estructurada. Se enfatiza el *cómo*, y la reproducción de esos *cómos* para la rebeldía, antes que un *fin* determinado.

Contaríamos también entre estos mensajes que alientan sinergias entre movilizaciones (marcos maestro) con el *queremos dignidad*. Es una demanda más tradicional, de raíces materialistas, en el

12 Para una crítica del desarrollismo extractivista ver *Más allá del desarrollo*. Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala, 2012. El libro plantea la tesis que desde el desarrollismo neoliberal en la América Latina de los 90 se ha pasado a un desarrollismo popular (extractivismo e inserción en la globalización con apoyos sociales), pero no a explorar formas de desarrollo endógeno. Sobre el papel de Brasil en la potenciación del marco desarrollista inserto en la “globalización” y sus demandas de materia y energía, ver el texto de Zibechi, *Brasil potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, Primera Edición, Bogotá, Ediciones desde abajo.

sentido que sí trata de operativizarse por una propuesta de cambio que sea experimentable y que pueda representar un modelo social. Las luchas contra las agendas neoliberales, por ejemplo, contra la deuda externa y por el derecho al trabajo en Argentina se equiparan aquí a las mareas de protesta contra el desmantelamiento de servicios públicos y las redes por una auditoría ciudadana de la deuda externa en Europa, y más concretamente en el caso español. Reinventar las instituciones está en la agenda, con propuestas concretas. Algunas se sitúan en la exigencia de volver a reglamentar la vida social desde las opciones que supuso el Estado del bienestar para los países del centro, como en Portugal, Grecia o España (derechos alcanzados, instituciones, presupuestos asignados). En otras surgen o se renuevan reclamaciones, como es el “derecho a la ciudad” en sentido amplio en las movilizaciones en torno al Movimiento Passe Livre en Brasil. Finalmente, dignidad supone también en los mundos andinos o en las sierras mexicanas la idea de descolonizarse de un Estado y de una noción de “desarrollo” que se enmarca en un proceso directo de inclusión subordinada de un país, y sobre todo de poblaciones consideradas marginales por las élites globales, dentro del actual proceso de “globalización”. Aquí las expresiones de democracia participativa (abrir las actuales instituciones al protagonismo social) ofrecen planteamientos más radicales (como reformas constitucionales) o propuestas concretas en la (auto)gestión y recuperación de servicios que garanticen derechos sociales. Por lo general la movilización arranca ya de sujetos “fuertes”, construcciones sociocomunitarias, ancestrales o tradicionales, de partida y no de destino: comunidades indígenas, campesinos, luchas sociales que disputan territorios, barrios y favelas, sectores de trabajadoras y trabajadores golpeados por la crisis o por la agenda neoliberal, grupos excluidos en la ciudad o en el campo que se reconocen fácilmente en un “nosotros” frente a unas élites que organizan sus territorios sin compartir decisiones y beneficios, sólo impactos sociales y ambientales.

Sin ser una tercera opción, pues como reflexionaré más abajo marca decididamente la agenda de los movimientos del siglo XXI, se torna cada día más visible y relevante el *queremos (nuestro) territorio*. Este grito entiende el territorio como un triple haz:

- *ecosistémico*: “nivel” o dimensión donde se desarrollan luchas por la preservación de recursos naturales y bienes comunes;
- como *infraestructura* de acceso (común) a dichos bienes: espacio donde se disputa la propiedad o el manejo de la tierra, el control y tipo de tecnología, la circulación por la ciudad, la autogestión de medios básicos de socialización (dónde verse o encontrarse) o la soberanía y la autogestión de semillas o de biodiversidad, etc.

- y finalmente, es reclamación de un *territorio social* (o *relacional*): fuente de vínculos culturales (identidades, afectividades, lazos espirituales) donde se critica ampliamente las bases estructurales y la idea de “desarrollo” que subyace al paradigma neoliberal: cosificación del territorio y creación constante de mercancías (físicas, simbólicas, humanas o de trabajo) que sirvan para sostener procesos de acumulación y legitimación de las élites globales.

Es un haz entrelazado y ello está facilitando la conexión de descontentos y la articulación subsiguiente de (nuevos) movimientos sociales. Las luchas desatadas desde la infraestructura (apoyándome en el antropólogo Marvin Harris) serían manifestaciones colectivas de poblaciones afectadas por los cambios o mutaciones, cada vez más perceptibles, de nuestros ecosistemas, sea por la acción local de transnacionales o por su acción globalizadora que amplía el vuelco climático y reduce la biodiversidad en el planeta (Tanuro 2011). El ecofeminismo nos recuerda que no hay supervivencia si no hay una reproducción de ecosistemas y de las economías de los cuidados¹³. Ambas perspectivas encontrarían que el bienestar personal y colectivo se encuentra entrelazado (o supeditado) con el desarrollo de una “conciencia de especie”. La economía política, entonces, cobraría sentido como foco de estudio macrosocial de los conflictos en torno al capitalismo o al autoritarismo de matrices patriarcales, si dicho foco mira también, de forma sinérgica, “hacia abajo”, hacia el espacio que se asienta a su vez en un territorio: hacia las bases socioambientales que nos dan la vida y hacia las resistencias y formas de cooperación que se dan en torno al sostenimiento de dichas bases.

Las luchas en los territorios irrumpen en magnitud y extensión en función, pues, de los conflictos cada vez más visibles y visibilizados que amenazan nuestra supervivencia; de las oportunidades políticas que permiten que otros saberes se reconozcan y desafíen el paradigma universal de “desarrollo” o “globalización”; y la tradición histórica de defensa de un territorio dado. Analíticamente, el “queremos territorio” ha sido abordado desde enfoques muy diversos. Por citar algunas referencias contamos con el ecologismo de los pobres (en autores como Alier), la crítica feminista de la economía (las feministas Graham-Gibson), la economía moral frente a los cercamientos de las élites (el antropólogo James Scott) y las perspectivas que conceden a la ordenación (física y simbólica) del espacio una fuente primordial para la reproducción del poder (Lefebvre o Bourdieu), en particular de los procesos de acumulación y desposesión capitalistas (el

¹³ Siguiendo a perspectivas tanto esencialistas (Shiva, Mies) como constructivistas (Mellor, Puleo); ver *Ecofeminismo. Para otro mundo posible*, por Alicia Puleo (Cátedra, 2011).

geógrafo marxista Harvey), así como del desplazamiento de la reproducción vital como eje vertebrador del sentido de las prácticas en el territorio (las ecofeministas Mies y Shiva).

Territorio, conocimiento, formas de vida y desafíos colectivos están imbricados. En tanto que saberes en marcha, los movimientos sociales garantizan y enfatizan la reproducción del conocimiento como experiencia arraigada, un estar que permite e induce un mirar específico atendiendo a las características del lugar (ver Escobar 2000). El territorio sería el espacio, desatendido hasta finales del siglo XX por tradiciones europeas y anglosajonas en la literatura de los movimientos sociales, más tendentes a ver el poder como disputándose “por arriba” o en lo simbólico “por abajo”. En el XXI comienzan a producirse textos donde el lugar cobra sentido como productor de cultura y como fuente de articulación y movilización social. Hecho más destacable aún en en comunidades arraigadas, donde su supervivencia material y afectiva se liga directamente a las luchas por “su” espacio, sean campesinos reclamando tierra, indígenas hablando desde el lenguaje del territorio o pequeños extractivistas intentando sobrevivir bajo su forma de vida en una selva (Martínez Torres y Rosset 2013).

Por todo lo anterior, entiendo que el territorio es un lugar privilegiado, hoy particularmente, para visibilizar los desencuentros y disputas entre los “de arriba” y los “de abajo” (Zibechi 2011): entre quienes producen innovaciones y quienes promueven paquetes tecnológicos para el gobierno de un imperio económico, especialmente ilustrado en la imposición de regímenes agroalimentarios (Ploeg 2011) y en las expoliaciones agroextractivistas (Svampa 2011); entre quienes pretenden hablar de cooperación para la inclusión (economías sociales, de cuidados) y quienes obligan a una cooperación con los de arriba, con los “globalizadores”, no con otros o con los que se tiene al lado o trabajando para el mismo fin (ver Coraggio 2011, Herrero y otros coord. 2011, Marañón-Pimentel coord. 2012).

La dinámica (des)arrolladora del capitalismo busca reorganizar espacios y desplazar (invisibilizar, dominar, mutar) a quienes quieren preservar otro sentido de vida y de reproducción del territorio (Porto Gonçalves 2002). Se enfrentan, en esta dialéctica del poder sobre usos y entendimientos del territorios, habitus singulares (promovidos por movimientos sociales, nuevos rebeldes, economías endógenas) frente a las reclamaciones de materia, energía y circulación de mercancías de ciertas élites locales en connivencia con élites globales (Sassen 2008, Harvey 2007). *Los movimientos sociales nos proponen “cambios de lugar”, que son cambios de mentalidad y cambios de prácticas para recrear o recuperar sentidos de vida no contemplados por estas élites (globales).* Las nuevas

situaciones sociales producen nuevas experiencias de vida en lo cotidiano. A partir de ahí, sobre la base de conversaciones, roces y vivencias, se marca todo un nuevo saber, una nueva mirada (Heller 1991). Se otorga un nuevo sentido a las prácticas de estar en el mundo, de entender cómo saciar el hambre, el amor, la libertad o las relaciones con la naturaleza¹⁴.

Es decir, los movimientos sociales, al construir protestas y nuevos usos del espacio, modifican las *relaciones espaciales*, produciendo por tanto *otros lugares* cuyo destino hoy, al enfrentarse a prácticas depredadoras, se vincula fuertemente a la construcción de *territorios sustentables*, ambiental y socialmente hablando. Las re-localizaciones implícitas en propuestas del “buen vivir”, del decrecimiento o de un desarrollo endógeno sustentable muestran hoy como el territorio vuelve a constituir un espacio privilegiado de luchas sociales por parte de distintos actores. Diversidad favorecida por los nuevos movimientos globales para “captar” el papel de múltiples sujetos que dan vida espacial a un lugar concreto, enmarcado en un ecosistema determinado.

Esa pugna territorializada, en particular entre innovaciones para la democratización y paquetes sociotécnicos para reforzar depredaciones, se extiende a través de dispositivos de poder (que diría Foucault) muy concretos. Éstos toman la forma de disposiciones y reglamentos jurídicos de acceso a tierra o uso de la ciudad, culturas e infraestructuras que ayudan a fortalecer un consumo o unos mercados globales; tecnologías que provocan un aumento de la dependencia de productores o comunidades locales, reduciendo la resiliencia social y ambiental de determinadas formas de vida; regímenes de verdad que se asientan en ideas de desarrollo que supeditan lo de abajo a lo “global”; medios educativos microcapilares que en escuelas, programas sociales, anuncios o festividades consumistas alientan una legitimidad de lo “global” producido por las élites (Fernández Durán 2011).

Queremos (autogobernar nuestro) territorio cobra más sentido desde prácticas y miradas que se dan en América Latina, frente a lo que podamos observar en Europa¹⁵. En Bolivia o Ecuador, las organizaciones indígenas son el referente de cambios constitucionales de mayor calado en los últimos dos siglos, con el reconocimiento, aunque sea formal, de los derechos de los pueblos indígenas o de la *Pachamama* (Svampa y Stefanoni 2007). Colombia y el paro campesino que

14 Satisfactores, lugares y saberes para atender nuestras necesidades humanas estarían íntimamente relacionados. Aquí la democracia consistiría en un dispositivo de atención de necesidades sociales encaminado al auto-gobierno por el cual pugnan los movimientos sociales (Calle y Gallar 2011).

15 Como expresión de esa participación latinoamericana en ciclos mundiales de protesta, y yo diría que como semilla de los nuevos movimientos globales, contamos con el excelente texto coordinado por Gohn y Bringel (2012) analizando tanto las nuevas dinámicas de movilización como los desafíos teórico-metodológicos que plantea.

paralizó el país en agosto de 2013 frente la “locomotora” del Tratado del Libre Comercio que propone el gobierno de Santos, es un ejemplo en el que nos detendremos más adelante para analizar su conexión con luchas globales¹⁶. Sin duda, el agroextractivismo está renovando e intensificando el despojo de territorios como no había ocurrido antes, merced a tecnologías muy predatoras, élites globalizadas y élites locales en connivencia (ver www.ocmal.org) En Perú encontramos un crecimiento exponencial de conflictos hasta contabilizarse cerca de 300 a finales de 2009, con el éxito tras de sí, de haber logrado la prohibición de la megaminería en diversos municipios del país. Igual ocurría cinco años atrás en Argentina, en ciudades como Esquel, cuya rebeldía cristalizaría a base de plebiscitos populares frente a los intereses transnacionales, al igual que ocurriera en Perú (Cúneo y Gascó 2013). Consultas que hablan, por tanto, del grito “queremos decidir” como parte de estos procesos, en el sentido de que la “ciudadanía” o los habitantes de una determinada comunidad se involucran para intervenir en agendas, pero otorgando a la población una voz negada por las élites. Lo que se disputa de manera global, más allá de las condiciones de expresividad para ejercer una participación o las más materiales ligadas a la dignidad, es el territorio concebido y practicado desde ese triple haz.

Son movimientos sociales, además, caracterizados por una politización de necesidades básicas, sea el agua o el sustento que, frecuentemente, ha sido liderado por mujeres y ha permitido la entrada en la agenda de críticas al patriarcado, dentro y fuera de estos procesos (Zibechi 2011). Las propias protestas de matriz más urbana, como los episodios de 2011 en adelante en el Estado español o las convocatorias a partir de 2013 en Brasil, o incluso disturbios en otras ciudades de centros económicos (las *banlieu* parisinas, en la ciudad de los Los Ángeles, Gezi en Turquía...) beben de ese derecho a la ciudad y la rebelión frente a formas de exclusión. Un territorio crecientemente asediado por especulaciones inmobiliarias, control y mercantilización del espacio urbano y malas condiciones de vida. Un territorio que lejos de servir de referencia, de inclusión, se convierte, bajo dispositivos de control y una puesta en escena de medidas de “pacificación” y “seguridad”, como ocurre en Brasil, en un espacio de segregaciones humanas por razones económicas, culturales o raciales (ver Davis 2001).

La acumulación por desposesión a través de anclajes en el territorio que ordenan la circulación de mercancías, energías, materiales, finanzas y decisiones políticas (como señalara Harvey 2007), se une a querellas históricas sobre (auto)gobierno político de territorios. Surge entonces una fuerte

¹⁶ Ver *El paro nacional agrario: Un análisis de los actores agrarios y los procesos organizativos del campesinado colombiano*, por Leonardo Salcedo, Ricardo Pinzón y Carlos Duarte [disponible en internet]

alianza articuladora entre los tres gritos. Situamos aquí el eco, con opciones ideológicas bien diferenciadas, del “derecho a decidir” que se establece como referente de una acción política en países del centro (Cataluña, Escocia) o de autonomía frente a la Unión Europea (Islandia). Miedo a una “globalización” frente a un próximo que ofrece más seguridades, desafección política de las instituciones que se sienten lejanas junto con una recuperación de reclamaciones históricas (nacionales, comunitarias) de pueblos sin Estado se alían para hablar del “derecho a decidir” (lema del movimiento independentista en Cataluña) en clave de más auto-gobierno. En ocasiones, estos movimientos de base entran en pugna con las propias élites que reclaman esos discursos a la vez que ejercen un papel de inserción del territorio en dinámicas globalizadora. Podría ser éste el caso de Cataluña, donde la variable nacionalista se impone en el discurso formal de las propias élites sobre las apelaciones a dimensiones sociales, ambientales o de auto-gobierno de abajo hacia arriba, más presentes en procesos políticos que provienen de plataformas y movilizaciones sociales (Proceso Constituyente, Trobada per la Unitat Popular).

En otros casos, como sucede con el campesinado en Colombia, el grito de territorio, derechos y decisión acaba cuajando en propuestas que sí apuntan a la transición de los rebeldes, propuestas de cambios sistémicos radicales en lo económico, laboral y ambiental (sobre la que volveré más adelante), tales como las “zonas de reserva campesina”¹⁷. Aquí las dimensiones territoriales de inclusión social, gestión agroecológica y lógicas de auto-gobierno más comunitario emergen por encima de propuestas de enfrentamientos entre nacionalismos conservadores o de reclamación de espacios para el disfrute de una minoría.

No es baladí la presencia de estos nuevos actores de marcado carácter territorial. Las postrimerías del siglo XX confirmaron que, si bien asistimos a diálogos de ida y vuelta, los vectores provenientes del llamado Sur (movimientos campesinos, indígenas y espacios barriales y de lucha frente a la exclusión en grandes ciudades) están obligando a replantear esquemas y preguntas a las redes críticas del Norte. Aquí, de nuevo, internet es un altavoz, aunque no un generador por sí mismo de este interés en un protagonismo social desde abajo. Ambos ejes (Sur que invita a caminar preguntando) y tecnologías (clave de una interacción por abajo menos mediatizada por los de arriba) hace acercar los planteamientos de los tres gritos a los nuevos movimientos globales, sobre todo en los países del centro. La reclamación de soberanía alimentaria, de la mano de La Vía Campesina, el grito de “que se vayan todos” y los cacerolazos argentinos, o la ocupación de plazas en la primavera árabe son elementos que fueron actualizados en las proclamas y las prácticas del

17 Ver nota anterior

15M en el Estado español. Ello permite, a su vez, que el *queremos decidir* sea un protagonista constante de estas luchas, un gran nexo entre las mismas y el gran mensaje de radicalizar la democracia.

Estos gritos no crean, y opino que no aspiran a hacerlo, un metarrelato que vincule las luchas. Pero sí afirmo que, en presencia de los tres factores que precipitan la radicalización de la democracia (en sus acepciones participativa, más directa o comunitaria), los gritos encuentran una predisposición y una mayor facilidad para resonar conjuntamente. Por ejemplo la reclamación de una sustentabilidad territorial autónoma se presenta bajo muy diferentes formas: en Chiapas (México) y sus juntas de buen gobierno, en el Cauca (Colombia) por parte de campesinos e indígenas que reclaman sus zonas de reserva para preservar formas de vida, en los procesos sociocomunitarios que se dan al calor de fábricas recuperadas en Brasil o Argentina, desde propuestas de soberanía alimentaria en diversas partes del mundo, incluido los países del centro, o a partir de la creación de un sentimiento y unas prácticas comunitarias en la creación de conocimiento en internet.

Es más, con amplitud enfatizo que no se trata de grupos de presión, sino de *movimientos-sociedad*: son embriones de nuevos satisfactores de necesidades básicas contenidos en su hacer y no sólo en sus demandas, como su idea de entender la participación y el manejo de las nuevas tecnologías, el consumo y los sistemas agroalimentarios, las relaciones de género o sus prácticas económicas. Retomando una expresión de Heller (1988), *los movimientos sociales modifican las aguas de la política desde lo político*, las sociedades desde necesidades sentidas, las necesidades generales desde prácticas cotidianas que se dan dentro y fuera de los procesos de protesta y organización social más próximos.

Así mismo, destaco que los nuevos movimientos globales no “tematizan” su entendimiento de dignidad, como hiciera el movimiento obrero (en torno a los derechos laborales, la distribución de renta) o los nuevos movimientos sociales en Europa (ecologismo, feminismo, etc.), si no que pretenden un cambio global, “un mundo en el que quepan muchos mundos”, de la mano de abordar cuestiones de poder conjuntamente en torno a la existencia de clases, de un capitalismo depredador, de un mundo financiero insustentable, de un patriarcado jerarquizante, de una colonización de formas de pensamiento favorable a “los de arriba”, etc. Son aspiraciones de cambio global, en el sentido de que son contemplados diferentes ejes de poder y distintas dimensiones y niveles de realización del mismo: se critica la política institucional de los Estados, pero también la esfera financiera mundial, como también los instrumentos que canalizaron en su momento determinados

descontentos (partidos y sindicatos mayoritarios).

Ansias de cambio global, sin embargo, que pueden quedar como aspiración, alejándose de lo que otrora se consideraran “sujetos revolucionarios” que servirían de palanca para transformaciones “unitarias” del poder institucionalizado en “un” lugar. Aquí la apertura y la diversidad permite abrazar descontentos pero no, necesariamente, para articularlos bajo una dirección de cambio social compartidas. Tomemos el ejemplo del 15-M. Los diferentes discursos beben de la demanda inicial: “democracia real ya: no somos mercancía en manos de políticos y banqueros”. Y a partir de ahí surgen propuestas en clave de democracia radical (deliberación y consultas permanentes, soberanía alimentaria, protección de libertades en internet, crítica del patriarcado en lo político y en la política, etc.), que se combinan con propuestas de democracia participativa o de abrir las agendas de las instituciones actuales (derechos sociales, acceso a empleo, redistribución de riqueza, control social de mercados y clase política). Del 15-M surgieron mareas de protesta (sanidad, educación, recortes laborales en sectores como limpieza y otros), reactivando un sindicalismo poco conestatario en las calles y en los lugares de trabajo. Sirvió más como espacio de movilización que como proceso de transformación de la política, de agendas o de las élites.

Internet y la *política del y*

Los diferentes usos de las nuevas tecnologías de información y comunicación están *detrás* (y no delante) del actual ciclo de movilizaciones: lo retroalimentan y lo amplifican, pero no lo crean, no le dan *la vida*. Sí lo nutre de manera decisiva pues, desde los años 90, vienen siendo utilizadas ampliamente por los movimientos “madrugadores”. La reticularidad de internet como soporte para la movilización está correlacionada con una cultura de protesta que insiste en radicalizar la democracia, al facilitar encuentros entre diversidades, horizontalidad comunicativa y organizativa (Candón 2013, Calle 2013). No se comportan igual, ya que la cultura de protesta funciona con anclajes territoriales que condicionan social e históricamente el uso de los medios; ni tienen los mismos horizontes estructurales, pues las nuevas tecnologías son también presas fáciles del “mundo real” de las corporaciones que controlan el hardware, el software o la jerarquización social a través del consumo. Pero no hay duda de que las nuevas tecnologías han facilitado la eclosión de movimientos sociales.

En efecto, *conflicto visibilizado, legitimación social y articulación* entre descontentos que ya están activados (o detectados por la población) son los tres lados del triángulo societario en el que funciona toda movilización social. E internet se mueve y ha ayudado a cristalizar esos tres lados

bajo triángulos comunes, inclinando a ciertas “audiencias” hacia la movilización social, ya que:

- es una herramienta de *confrontación abierta* al permitir la programación de acciones directas (dentro y fuera de internet) y la organización de encuentros (sean asambleas o dinámicas en red) que alimentan las protestas;
- es una herramienta de *legitimación social* al poder eludir el control de las élites y, sin estar al margen de dinámicas de poder (gestión por parte de transnacionales, espionaje y seguimiento en internet, reproducción de desigualdades), facilitar el acceso directo a información proveniente de la ciudadanía o de grupos activistas, alienta la creación de ágoras virtuales en torno a problemáticas que se vuelven “virales” en la red y permite acercar el protagonismo social como demanda y como medio de acción;
- y es claramente una herramienta para *articular descontentos* al favorecer el conocimiento de otras luchas sociales y, al mismo tiempo, tender puentes para la construcción y visibilización de demandas compartidas.

Definitivamente, muchos procesos iniciados en los años 90 encontraron su feliz aliado en internet. Y mediante dicha alianza dejaron su huella en los nuevos movimientos globales, tanto en lo que se refiere a la cultura del protagonismo social, como a la puesta en escena de ciclos de protestas que vemos dos décadas más tarde (Calle 2005). Las calles de ciudades de Brasil, sacudidas por las concentraciones en torno a los estadios de fútbol y otras ocupaciones de edificios públicos, se parecen mucho a aquellas concentraciones de la mano de *Reclaim the Streets* frente a la Organización Mundial del Comercio, ocupaciones de espacios y manifestaciones llenas de desobediencia que darían el salto cualitativo en los eventos de Seattle, en 1999. Las campañas “virales” (de rápida y reticular expansión) en internet para impedir un (mayor) control de sus contenidos tienen también su similitud en las iniciativas que llevaron a la retirada en 1998 del Acuerdo Multilateral de Inversiones (acuerdo para otorgar una carta de derechos de los grandes inversores económicos a escala mundial) como consecuencia de la rápida difusión entre redes activistas de esta propuesta de las élites globales. El lema de “los rebeldes se buscan” encontró ecos físicos en los sucesivos encuentros Intergalácticos contra el Neoliberalismo y por la Humanidad (Chiapas en 1996, Estado español en 1997), imposibles de concebir, junto con la propagación de comités de apoyo en países de Europa, sin la existencia del correo electrónico y las páginas web. Ecos físicos de buscarse y ocupar espacios, que encontraría en el nacimiento de Indymedia su

revulsivo para la explosión de las protestas “antiglobalización” desde 1999 en adelante, frente al FMI, la Unión Europea, la OTAN, etc.

Toda esta combinación de tecnologías de la información y radicalización democrática como base de la protesta, junto con los otros gritos de dignidad y queremos territorio, comenzaban a consolidarse como la referencia de muchos procesos de movilización en el mundo, allá por los años 90. Hoy es una realidad encardinada en el “ADN” de los actuales procesos de movilización que resuenan en las protestas globales, y también en el despegue de los rebeldes que buscan y construyen otras economías, otros sindicalismos, otras formas más comunitarias de satisfacer necesidades básicas, defender territorios y exigir protagonismo social. Ejemplos sobran al analizar las herramientas de protesta y difusión que siguen y auspiciaron la primavera tunecina, el 15M en España o la acumulación de descontentos en la plaza Gezi en Estambul, por poner unos ejemplos. Pero todo esto, ya venía sucediendo, me atrevo a afirmar (y a documentar). La cultura de radicalización democrática, del derecho a decidir, estaba recombinándose con el queremos dignidad, frente a una “globalización” percibida como amenazante y autoritaria. Berlín, 1988: el movimiento okupa protagoniza la oposición a la cumbre oficial del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, al grito de “impidamos el congreso”. Toronto, ese mismo año: la oposición al G-7 toma forma de cumbre alternativa (TOES: “The Other Economic Summit”). Río de Janeiro, 1992: emerge la contracumbre más mediática hasta entonces como contrapunto de la Cumbre de la Tierra auspiciada por la ONU en Río de Janeiro: El Foro Global. Madrid, 1994: la ciudad asiste a la celebración de los 50 años del Banco Mundial, pero empañada por un foro plural en sus debates y contestatario en las calles que proclama que *50 Years is Enough!* (50 años Bastan). Diversidad, reticularidad, contestación de los poderes autoritarios, articulación entre debates y toma de calles, invitación a la ciudadanía a participar (más allá de un sujeto histórico concreto) son elementos que percibimos aquí y en los nuevos movimientos globales. Y progresiva presencia de internet. En torno al 1% de la población del Estado español tenía acceso a internet en 1994. Pero, a pesar de tan escaso porcentaje, diversas organizaciones estaban ya madrugando en su utilización como articulador de descontentos. Así, la contracumbre del Banco Mundial serviría de lanzamiento para uno de los proyectos comunitarios más emblemáticos del panorama en este país de la información alternativa y de los servicios en internet para colectivos sociales: Nodo50 (www.nodo50.org).

Desde entonces, el despegue de las protestas llamadas “antiglobalización”, las manifestaciones contra la guerra y la construcción de foros alternativos irán trabajando los gritos de democracia y

dignidad. A ellos se sumaría o los pondría en otro escenario, las voces provenientes del llamado Sur. En efecto, los movimientos indígenas de América Latina (1992 contestando la celebración de los 500 años del “descubrimiento”) y la red internacional de La Via Campesina (a partir de 1993, y su discurso de soberanía alimentaria desde 1996) constituirán piezas claves del puzzle que teje articulaciones frente a la globalización. “El mundo no es una mercancía” se proclama. Mundo-territorio, planeta herido, donde el sistema-mundo capitalista es a la vez depredador social, vía mercantilización de espacios, deseos y relaciones : “no somos una mercancía en manos de políticos y banqueros” es el lema con el que el 15M contestará la falta de democracia y las consecuencias sociales de la agenda neoliberal.

El auge de las nuevas tecnologías como ágoras virtuales, herramientas de acción y confrontación o que facilitan la articulación de descontentos reside, a su vez, en el despegue de la *política del y*. Denomino la *política del y* a aquella cultura de organización de la protesta que enfatiza la agregación, la diversidad y la horizontalidad, permitiendo procesos a la vez que “dificultando” sedimentaciones. Desde el fortalecimiento de expresiones comunitarias hasta la agregación puntual a campañas de protesta o ejercicios de desobediencia civil, esta cultura política se enmarca simbólicamente en el lema zapatista de “los rebeldes se buscan”. Es expresión a su vez, de una disconformidad con patrones cerrados, de abajo hacia arriba y donde el proyecto colectivo ahoga la diversidad. De alguna manera, intenta desmarcarse de la *política del o*. La *política del o* es más propicia o característica de la diferencia, de la identificación con un tema o siglas de actuación, más propia del movimiento obrero pero también presente en las corrientes de protesta surgida en los 60 y los 70 que enfatizaron fuertes perfiles identitarios en las luchas sociales.

Como señalo, no se trata de una cultura “mejor” o “peor” para construir una estrategia de emancipación, aunque ciertamente sitúo la *política del o* más cerca de vicios eurocéntricos y patriarcales en la definición de una verdad en forma de progreso universal, materialista y con ansias de homogeneización.

La *política del y* marca nuevos tiempos de rebeldía frente a dinámicas autoritarias y satisfactores que no pueden sostenerse sin niveles cada vez más altos de violencia a favor de una minoría. Nuevos tiempos que, a su vez, ofrecen nuevos retos políticos y derivados de la transición socioambiental. Lo “y” es también limitante para la emergencia de escenarios alternativos. En lo político, la agregación es favorecedora de culturas “líquidas” e individualizadoras (Z. Bauman), limitando procesos de cooperación estables (R. Sennet en *Juntos. Rituales, placeres y políticas de*

cooperación). Se obstaculiza así la construcción de estructuras o procesos que puedan ser referencia para “mayorías”: ¿cómo pasar de necesidades (diversamente) sentidas a necesidades generales? ¿cómo construir articulaciones estables más allá de temáticas e identidades siempre provisionales? ¿cómo contemplar, a su vez, la confluencia entre lo viejo y lo nuevo, entre proyectos que buscan radicalizar la democracia y estrategias de emancipación asentadas en derechos e instituciones públicas que han emanado de los Estados que dan la mano hoy a las democracias autoritarias? La *política del y*, de la misma manera que la galaxia internet, arroja sombras sobre el paso de lo político y más vivencial-próximo (Rendueles 2013), a la política, que se asienta en la vivencia y construcción de la sociedad que va más allá de mi cotidianeidad y de las relaciones puntuales que establezco en un ágora, en un barrio o en una acampada de protesta. La visibilización y el trabajo sobre estas contradicciones emanará, a buen seguro, de las propias dificultades que afronten los movimientos sociales para seguir caminando, mientras se preguntan por nuevos horizontes. No olvidemos que los movimientos sociales son laboratorios, política prefigurativa, agentes de cambio, constructores de otras gramáticas sociales de emancipación.

Y en lo ambiental, las formas de movilización más “líquidas” se enfrentan también al dilema de los tiempos y de las magnitudes de los cambios necesarios ante escenarios como el cambio climático, las luchas contra la pérdida de biodiversidad y las transiciones hacia nuevos sistemas productivos y energéticos (Heinberg 2006). Los tiempos hablarían de urgencia, y la radicalización de la democracia requiere asentar procesos, cambiar conciencias, desarrollar otras memorias para la emancipación. La magnitud de transformaciones para una recuperación de la conciencia de especie, para un metabolismo que nos permita seguir habitando con dignidad el planeta, requiere incorporar la sustentabilidad extensa (social y ambiental) en todos nuestros procesos económicos frente a un consumismo creciente y una intensificación de mercados globales fuertemente depredadores.

Internet, por tanto, se presenta como aliado de la *política del y* en la medida en que se haga eco “virtualmente” de transformaciones y encuentros “reales”. La construcción de sociedad, de sociabilidad, requiere esfuerzos, confianzas, conflictos, actitudes, espacios, hábitos, valores, etc. E internet pudiera ser, no un aliado, si no un dinamitador de estas rutas donde las otredades se hacen relaciones. Ya sea por el fenómeno “pecera mercantil” (estructuras que lo mercantilizan, Sádaba y otros 2013; Ippolita 2012); o por la creación de una virtualización de lo social, donde individuos ávidos y necesitados de lazos buscan consumir relaciones pero no construirlas vivencialmente (Rendueles 2013).

Es necesario, sin embargo, clarificar en este corto texto las relaciones entre socialización y las nuevas tecnologías. En primer lugar, toda sociedad, como reveló el nacimiento de la escritura o la evolución de la agricultura, es en parte hija de su tecnología; también de sus fracasos cuando, por ejemplo, los sistemas de riego que salinizaron las tierras de Mesopotamia hicieron naufragar todo un Estado arcaico: las tecnologías pueden alentar la creación de civilizaciones ecocidas¹⁸. Nada nuevo pues, con las comunicaciones, aunque la intensidad de la esfera virtual es de tal microcapilaridad que genera transformaciones macrosociales en un breve lapso de tiempo: desde las protestas globales hasta el “re-descubrimiento” del uso de nuestro dedo pulgar en las aplicaciones de teléfonos móviles.

En segundo lugar, las relaciones entre internet (I), tomada como referencia de las nuevas tecnologías comunicativas-informativas, el desarrollo de una protesta (P) y la sociedad (S) son diversas. Tenemos ejemplos de la combinación P-I-S: Media Ninja para las protestas en Brasil (Narrativas Independientes, Periodismo -Jornalismo en portugués- y Acción) se crea en 2011 y es parte del éxito de la difusión de las protestas de 2013 con motivo de la Copa FIFA Confederaciones, de la misma manera que Indymedia (Independent Media) lo sería para el carrusel de protestas “antiglobalización” a partir de 1999. Otra posibilidad es S-I-P: grupos sociales se organizan, utilizan la red y después generan una protesta: ésta es la relación de los grupos creados por DRY (Democracia Real Ya) que dieron lugar a las acampadas 15M. También tenemos P-I-P: el 15M se extendió y auto-organizó merced a la replicación de modelos, patrones y posibilidad de engrosar la participación y deliberación desde nuevos cauces abiertos en internet para tal fin: twits como #15M o #acampadasol galvanizaron las acampadas en dos días; espacios como n-1.cc sirvieron para la organización (al margen de facebook) de comisiones y asambleas; webs y videos en internet dinamizaron los espacios locales del 15M partiendo de direcciones propias como tomalaplaza.net. El verdadero limitante en internet es cuando la comunicación insiste en un I-I: las noticias, quejas y demandas virales que se mueven en la red virtual sin que supongan un esfuerzo para una sociabilidad real, aunque sí crean el caldo de cultivo al dar credibilidad a diagnósticos que, en ocasiones, podrán saltar a la calle en forma de presión ciudadana.

Por todo ello, me parece pertinente abordar la movilización como parte de una transición más amplia, que llamo la transición de los rebeldes. Son estas nuevas rebeldías, estos nuevos jóvenes iracundos, pero también mayores y nuevos “sin” (sin derechos, sin trabajo, sin territorio, sin

18 Civilizaciones que insistieron en reproducirse desde tecnologías que imposibilitaron su reproducción ecosistémica, ver Franz Broschwimmer, *Ecocidio. Breve historia de la extinción en masa de las especies*, Pamplona, Editorial Laetoli, 2005.

palabra), embarcados en los gritos de queremos decidir y queremos dignidad, los que retroalimentarán el sentido y la base social de estas protestas.

La transición de los rebeldes: más allá de la protesta

Los nuevos o renovados gritos de movilización, por tanto, no nacen de las novedades tecnológicas. Utilizan la tecnología para reclamar otros satisfactores, políticos y expresivos, pero también de otras necesidades humanas. Pueden verse como un collage, pero insisto en asociarlos a un proceso de *transiciones inaplazables* (Calle 2013, cap. VI): fin de ciclos políticos en clave global como consecuencia de la primacía de la agenda neoliberal; entrada en una era post-fósil y profundización de un vuelco climático que alterará las bases estructurales del capitalismo, introduciendo relocalizaciones y deslegitimando propuestas económicas “globalizadoras” (por ejemplo, tratados de libre comercio a favor de multinacionales); y revisión de culturas de emancipación a través de nuevas dinámicas de movilización. Es la transición de los rebeldes que apuestan por transiciones humanas.

No sólo la protesta nos da la medida de las nuevas rebeldías en la calle. Es una de las patas, pero hay otras tres conformando esta mesa en la que los rebeldes y las rebeldes se están buscando. La mirada desde una sociología de la protesta, y de la acción colectiva en general, debe acompañarse de una mirada de otras formas de acción disruptiva que plantean o dibujan otras sociedades, y que a grandes rasgos consisten en:

- la emergencia de iniciativas de economías sociales, específicamente de *economías para los bienes comunes*, donde lo común son elementos naturales (agua, tierra, semillas, etc.), así como espacios y tecnologías que facilitan compartir el conocimiento y desarrollar cooperación social para la satisfacción inclusiva de necesidades;
- la contestación de las formas de actuación y de organización del sindicalismo clásico, mayoritario por lo general en cuanto a afiliados se refiere, que encuentra su crítica a partir de un *renovado sindicalismo* desarrollado desde una mayor auto-organización y más allá del lugar del trabajo;
- la construcción de alternativas políticas bajo la forma *partidos-asamblea* o partidos-ciudadanía, los cuales incorporan el protagonismo social como referente de acción (partidos abiertos continuamente a la participación ciudadana); o se consolidan como actores dispuestos a intervenir en las instituciones locales (municipalismo democrático). Pretenden

construir una agenda política (bloques críticos) que, conectándose a movilizaciones en las calles, constituya un freno a las agendas neoliberales, a las prácticas depredadoras extractivistas, proponiendo el derecho a tener derechos sociales o la gestión más autónoma (co-gestión o autogestión) por parte de la ciudadanía de satisfactores clave para nuestras necesidades en torno a salud, educación, conocimiento, alimentación.

Son también una amalgama de contestaciones que, si bien presentan patrones muy específicos (por territorio, oportunidades políticas o cultura política que lo anima), no podemos dejar de leerlas, al igual que los ciclos de protesta internacionales, en claves compartidas de: protagonismo social, contestación de la agenda neoliberal y articulaciones desde una *política del y*. En gran medida, los nuevos movimientos globales y los ciclos de protesta internacionales desarrollados al calor de él (las cumbres “antiglobalización” desde mediados de los 90, contra la guerra de Irak a principios del 2000, más recientemente la convocatoria Occupy en 2011), han servido para llevar mensajes y formas de organización social frente a conflictos cada vez percibidos como más compartidos, más “globalizados”. Y eso hace que, en la actualidad, las cuatro dimensiones de la rebeldía estén conectadas entre sí, y también se conecten internacionalmente, dando lugar a manifestaciones económicas, políticas o sindicalistas que viajan entre países, a la par que las propias convocatorias de protesta.

Los acontecimientos dirán si estos nuevos rebeldes pueden ofrecer una alternativa a la transición dolorosa, aquella que aumenta la exclusión, para convertirla en transiciones humanas, sustentables en el sentido social y ambiental. Pero esta duda pertenece al mañana, aunque no por mucho tiempo, ni tampoco parece un escenario favorable a las élites tras la irrupción de estos nuevos movimientos globales.

Bibliografía

- Álvarez Peralta, Ignacio, Luengo Escalonilla, Fernando y Uxó,, Jorge (2013): *Fracturas y crisis en Europa*, Madrid, Ed. Clave Intelectual, ps. 342
- Barber, Benjamin (2004): *Democracia Fuerte*, Madrid, Almuzara.
- Boron, Atilio (2003): *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*.-. 1ª. ed.– Buenos Aires, Clacso, 320 p
- Calle Collado, Ángel (2007): “El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global”, *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.120.
- Calle Collado, Ángel (2009): “Democracia en movimiento”, *Relaciones Internacionales*, n. 12, octubre, [Disponible en www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artcalle12.pdf]
- Calle Collado, Ángel (2013): *La transición inaplazable. Los nuevos sujetos políticos para salir de la crisis*, Barcelona, Icaria.
- Candón Mena, José (2013): *Toma la calle, toma las redes: El movimiento 15M en internet*, Sevilla, Editorial Atrapasueños.
- Coraggio, José Luis (2011): *Economía Social y Solidaria: El trabajo antes que el capital*. Editores: Abya Yala / FLACSO / Fundación Rosa Luxemburg. Quito.
- Cúneo, Martín y Gascó, Emma (2013): *Crónicas del Estallido. Un viaje a los movimientos que cambiaron América Latina*, Barcelona, Icaria.
- Davis, Mike (2001): *Control urbano: la ecología del miedo*, Barcelona, Virus.
- Della Porta, Donatella and Tarrow Sidney (eds.) (2005): *Transnational Protest and Global Activism*. New York: Rowman and Littlefield.
- Della Porta, Donatella (ed.) (2009): *Democracy in Social Movements*, London, Palgrave.
- Escobar, Arturo (2000): “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?” en libro: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.), Buenos Aires, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.
- Esteve, Gustavo (2006): “Los ámbitos sociales y la democracia radical”, *ponencia para la Conferencia Internacional sobre Ciudadanía y Comunes, ciudad de México, 7-9 de diciembre*. (en boell-latinoamerica.org/download_es/commons_LOS_AMBITOS_SOCIALES_Y_LA_DEMOCRACIA_RADICAL.pdf)
- Fernández Durán, Ramón (2011): *La Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándonos para el comienzo del colapso de la Civilización Industrial*, Barcelona, Virus/Ecologistas en Acción/Baladre.
- Gohn, Maria de Glória; Bringel, Breno M. (orgs. 2012): *Movimentos sociais na era global*, Petrópolis, Rio de Janeiro, Editora Vozes.
- Harvey, David (2007): *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal.
- Heinberg, Richard (2006): *Se acabó la fiesta. Guerra y colapso económico en el umbral del fin de la era del petróleo*, Huesca, Barrabes.
- Heller, Agnes (1988): “Los movimientos culturales como vehículos de cambio social”, *Nueva Sociedad*, n. 96, julio-agosto.
- Heller, Agnes (1991): *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, primera edición 1977.
- Herrero, Yayo; Cembranos, Fernando y Pascual, Marta (2011): *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad*, Libros en Acción, Madrid.
- Ippolita (2012): *En el acuario de Facebook. El irresistible ascenso del anarco-capitalismo*, Enclave, Madrid.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la*

- democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- Marañón-Pimentel, Boris (coord.) (2012), *Solidaridad económica y potencialidades de transformación* Ed. CLACSO, Buenos Aires.
- Martínez Torres, Elena y Rosset, Peter (2013): "Del conflicto de modelos para el mundo rural, emerge La Vía Campesina como movimiento social transnacional", *El Otro Derecho: Luchas agrarias en América Latina*, t/v 44, Colombia.
- Pateman, Carol, (1970): *Participation and Democratic Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ploeg, J. Douwe Van der, (2011): *Los nuevos campesinos*, Barcelona, Icaria editorial.
- Porto Gonçalves, Carlos W. (2003): *Geo-grafías: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores.
- Rendueles, César (2013): *Sociofobia*, Madrid, Capitán Swing.
- Sádaba, Igo;, Domínguez, Mario; Rowan, Jaron; Martínez, Rubén y ZEMOS98 (2013): *La tragedia del copyright. Bien común, propiedad intelectual y crisis de la industria cultural*, Barcelona, Virus.
- Sassen, Saskia (2008): *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz.
- Smith, J. (2008): *Social Movements for Global Democracy*, Baltimore: Johns Hopkins University Press
- Sousa Santos, Boaventura (2003): *La caída del Angelus Novas. Ensayos para una teoría social y nueva práctica política*, Bogotá, ILSA.
- Sousa Santos, Boaventura (2011): *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México, CLACSO y Siglo XXI.
- Subirats, Joan (2012): *Otra sociedad, ¿otra política? Del "no nos representan" a la democracia de lo común*, Barcelona: Icaria.
- Svampa, Maristella (2011): "Extractivismo neodesarrollista y movimientos sociales. ¿Un giro ecoterritorial hacia nuevas alternativas?" en *Más allá del Desarrollo*, coord por Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, Fundación Rosa Luxemburg.
- Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (2007): *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales- 1a ed.* - El Colectivo, Clacso.
- Tapia, Luis (2009): "Lo político y lo democrático en los movimientos sociales", en Tapia (coord.) *Democracia y teoría política en movimiento*, Muela del Diablo/CIMSA, La Paz, Bolivia.
- Tanuro, Daniel (2011): *El imposible capitalismo verde. Del vuelco climático capitalista a la alternativa socialista*, editado por viento Sur y La Oveja Roja, Torrejón de Ardoz (Madrid).
- Villasante, Tomás (2006): *Desbordes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social*, Madrid, La Catarata.
- Zegada, María Teresa; Arce, Claudia; Canedo, Gabriela; Quispe, Alber (2011): *La democracia desde los márgenes: transformaciones en el campo político boliviano*, Muela del Diablo/CLACSO, La Paz, Bolivia.
- Zibechi, Raúl (2011): *Política y Miseria*, Buenos Aires, La Vaca y Málaga, Baladre-Zambra,